



**GENEALOGÍA SOCIAL DE UNA CLASE DIRIGENTE.
AUGE, REPRODUCCIÓN Y CAÍDA, 1700-1833.***

José María Imízcoz Beunza

Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea, España.

Daniel Bermejo Mangas

Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea, España.

Recibido: 03/12/2017.

Aceptado: 27/12/2017.

RESUMEN

A través de la genealogía social y del análisis de redes, el trabajo reconstruye la evolución de un sector principal de la clase política y económica española, desde su emergencia a comienzos del siglo XVIII hasta su crisis final. En un primer momento, se observa la elevación al gobierno de la monarquía de una serie de grupos de parentesco, originarios del norte hidalgo de la península, en el contexto de la reordenación de las élites del reino que llevó a cabo Felipe V. Estos grupos se establecieron en las más elevadas posiciones de la administración real, el ejército y las finanzas de la corona. A continuación, se analizan los mecanismos que permitieron a estas redes reproducirse en lo más alto de la clase dirigente a lo largo de todo el siglo. Por último, se observa la desestabilización y el desclasamiento que sufrieron estos grupos con la crisis de la monarquía, desde el reinado de Carlos IV hasta la primera guerra carlista.

PALABRAS CLAVE: monarquía; gobierno; Corte; ejército; finanzas; Borbones; élites vascas y navarras; genealogía social; parentela; redes sociales; movilidad social; reproducción social; crisis.

**SOCIAL GENEALOGY OF A RULING CLASS
RISE, SPREAD AND FALL (1700-1833)**

* Proyecto de investigación del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España HAR2013-48901-C6-4-R: “El proceso de la modernidad. Actores, discursos y cambios de la sociedad tradicional a la revolución liberal. Siglo XVI-1850”. 2014-2017 y Grupo de investigación del Sistema Universitario Vasco IT896-16, *Sociedad, poder y cultura (siglos XIV a XVIII)*.

ABSTRACT

A key sector of the political and economic Spanish ruling class is analysed in this paper: Basque and Navarre elites. Our approach combines social genealogy with network analysis, and covers the period of rise, spread and fall of the mentioned ensemble. First of all we focus on the beginning of the 18th century: At this time these family groups were benefited from a reorganization movement involving the elites, initiated by Philip V during his kingdom. They reached important positions within the royal bureaucracy, the army and the treasury. Secondly, the mechanisms that allowed those groups to perpetuate in those posts during the whole century are studied. Third and last, we focus on the period of crisis of the monarchy, during the last years of the 18th century to the first decades of the 19th; at this moment the former ruling class became outcast and marginalized.

KEY WORDS: monarchy; government; court; army; treasury; Bourbon dynasty; Basque elites; social genealogy; family; social networks; social mobility; social reproduction; crisis.

José María Imízcoz Beunza es catedrático habilitado en Historia Moderna. Doctor por la Universidad de París-Sorbona, ha sido profesor en la Universidad de Borgoña (Francia) y luego en la Universidad del País Vasco. Es autor de varios libros y de numerosos artículos científicos, director de una decena de obras colectivas, investigador principal de una docena de proyectos de investigación y director de una docena de tesis doctorales.

Ha llevado a cabo una reflexión teórica sobre actores, redes y procesos de cambio, y un trabajo metodológico y documental sobre análisis de redes sociales y explotación de la correspondencia epistolar. Su investigación se ha centrado en la evolución de las comunidades campesinas en la larga duración, la sociedad urbana, las élites vascas y navarras en la Monarquía hispánica durante la Edad Moderna, las élites de la modernidad política y cultural en el siglo XVIII y los procesos de cambio y las resistencias al cambio, de la “sociedad tradicional” a la revolución liberal. Enlace de Academia.edu: <https://ehu.academia.edu/Jos%C3%A9Mar%C3%ADaImizcoz> Correo electrónico: jm.imizcoz@gmail.com

Daniel Bermejo Mangas es doctorando en Historia por la Universidad del País Vasco. Su investigación se centra en analizar la evolución, en el tránsito de la crisis del Antiguo Régimen, de las élites vascas que estuvieron especialmente conectadas con la economía de la Corona y la construcción del Estado borbónico durante el siglo XVIII. Mediante la utilización de una visión en clave de red social, acompañado de otros métodos como la prosopografía relacional y la genealogía social, pretende comprobar el impacto que tuvo la crisis del sistema absolutista sobre unos sectores que habían sido hegemónicos décadas atrás. Ha publicado trabajos tanto en revistas especializadas como en libros colectivos. Enlace de Academia.edu: <https://ehu.academia.edu/DanielBermejo> Correo electrónico: daniel.bermejomangas@gmail.com

GENEALOGÍA SOCIAL DE UNA CLASE DIRIGENTE. AUGE, REPRODUCCIÓN Y CAÍDA, 1700-1833

En este artículo vamos a mostrar la evolución de un sector de la clase dirigente española a lo largo del siglo XVIII y en las primeras décadas del XIX: la elevación al gobierno de la monarquía de una serie de grupos de parentesco originarios de las provincias vascas y del reino de Navarra, con el primer Borbón; la reproducción de estas redes sociales en la clase política y económica durante la centuria, y la desestabilización y desclasamiento final que sufrieron con la crisis de la monarquía, desde finales de siglo hasta la primera guerra carlista.

Elevación de la mano del rey: Las redes sociales de los hidalgos norteños en el gobierno de la monarquía.

Con la llegada de los Borbones al trono de España, a partir de 1700, se produjo una renovación de las élites gobernantes de la monarquía. Felipe V llevó a cabo reformas administrativas, militares y financieras de calado y pudo poblar las nuevas administraciones con hombres elegidos directamente por él y sus principales colaboradores, propiciando el ascenso político de grupos de la pequeña y mediana nobleza, ajenos a la aristocracia castellana, que no tenían bases de poder propias, sino que debían su elevación al monarca. (DEDIEU, 2001; MOLAS, 2008: 224-255) Entre estos sectores de las nuevas élites destacaban numerosos hombres provenientes de las regiones del norte de España que disfrutaban de nobleza colectiva, especialmente vascos y navarros. (IMÍZCOZ, 2016)

Las genealogías sociales de las que procedían estos actores fueron diversas. Unos eran miembros de oligarquías urbanas que tenían una tradición en siglos anteriores de servicio al rey en la milicia, la magistratura o la Corte, como ocurría con muchas familias guipuzcoanas y vizcaínas originarias de las principales ciudades y villas de las provincias. Junto a ellos, sorprende la irrupción y elevación sobreabundante de simples

hidalgos procedentes de los valles cantábricos, que no gozaban de otra calidad que la “hidalguía universal” y que venían de un mundo rural que hasta entonces no habían dado, salvo excepciones, este tipo de carreras. Muchas veces se trató del ascenso social y político de hijos de simples casas campesinas que medraron porque tenían parientes de la generación anterior que les apadrinaron en el comercio y en las carreras al servicio de la corona, gracias a sus conexiones políticas. La mano del rey produjo así procesos de ascenso social acelerados que resultan francamente llamativos, si los comparamos con las pautas de movilidad, mucho más lentas, que habían predominado en la sociedad del Antiguo Régimen.

En los valles de la vertiente cantábrica, el crecimiento demográfico, sostenido por la difusión del maíz, favoreció una fuerte emigración a la Península y a las Indias desde mediados del siglo XVII, que se reprodujo, a través de cadenas migratorias familiares, a lo largo de todo el XVIII. Esta emigración tuvo resultados notables en el comercio con América y propició una capitalización que fue en muchas ocasiones la base de las carreras y honores del XVIII.

Las raíces de la elevación política del siglo XVIII se hallaron muchas veces en el comercio de la centuria anterior, especialmente en la exportación de lana castellana hacia el norte de Europa, la exportación de hierro hacia las Indias y el comercio colonial. (GARCÍA FUENTES, 1991: 113-116; FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, 2000) El hundimiento de las grandes redes castellanas de comercio con Europa, a comienzos del siglo XVII, favoreció la penetración en el imperio de las redes mercantiles de vascos y cántabros (CASADO, 2010), que se desarrollaron con fuerza creciente en la segunda mitad del XVII y dominaron el comercio imperial español en el XVIII.

Las vías de ascenso al gobierno de la monarquía fueron diversas y muchas veces combinadas, pero siempre pasaron por el servicio al monarca y el favor del rey. Un elemento decisivo de la elevación de estos grupos de hidalgos norteños en torno a Felipe V fue su apoyo durante la Guerra de Sucesión, destacando su ayuda militar y financiera. La asistencia al rey y su agradecimiento abrieron para estos grupos de leales una estructura de oportunidades impresionante.

Como ha mostrado Rafael Guerreño (GUERRERO, 2012), familias de origen vascongado y navarro, muchas de las cuales ya tenían una tradición de milicia en los tercios, ascendieron a través del servicio militar durante la Guerra de Sucesión. El caso

más espectacular fue el de la promoción en las Guardias Reales, el más prestigioso cuerpo del ejército borbónico, de la parentela del guipuzcoano Juan de Idiáquez y Eguía (Azcoitia 1665-1736), sargento mayor de las cuatro compañías de Guardias Reales, ayo del Príncipe de Asturias, capitán general y duque de Granada de Ega. No menos de una docena de parientes directos -hermanos, primos, sobrinos y sobrinos-nietos- de don Juan de Idiáquez sirvieron al rey durante varias generaciones en las Guardias. Pero la nómina de guipuzcoanos y vizcaínos que entraron y ascendieron en estos cuerpos privilegiados gracias a sus relaciones con Idiáquez fue mucho más amplia. Entre ellos destacaban Gabriel José de Zuloaga y Moyúa, José Martín de Murguía, Luis Arteaga y Basurto, Antonio de Arteaga y Verástegui, Miguel Antonio de Zuaznívar, Pedro Antonio de Atorrasagasti y Sasoeta, José Basilio Aramburu Atorrasagasti (conde de Villafuertes, 1744), Joaquín de Emparan y Azcue, Martín Colón de Larreategui, José Ignacio y Antonio Miguel de Zaldúa y Gamboa, Luis de Guendica y Mendieta, Juan de Ezcoiquiz, Francisco Lucas de Arana y Mallea, Diego de Barraicúa, los hermanos Hurtado de Amézaga y Unzaga, Bruno Mauricio de Zabala, los Díaz Pimienta o los Salcedo Sierralta.

Las Guardias Reales fueron el principal semillero de generales del ejército y de cargos de gobierno político-militares. (ANDÚJAR, 2000) Algunos de estos hombres llegaron a lo más alto de la jerarquía militar, fueron virreyes y gobernadores en diversos territorios de la monarquía, especialmente en Indias, y dieron lugar a destacadas sagas militares. Esto explica la elevada presencia cualitativa de una buena parte de los oficiales de origen vasco en el ejército borbónico.

Otros sectores se elevaron políticamente a través del servicio financiero. El caso mejor conocido es el de los hombres de negocios navarros, especialmente baztaneses. (CARO BAROJA, 1969; AQUERRETA, 2001; IMÍZCOZ, 2005) Hombres como Juan de Goyeneche ya operaban en la Corte a finales del reinado de Carlos II y se vincularon de forma especial con Felipe V durante la Guerra de Sucesión (1700-1714), prestando dinero al rey, aprovisionando a sus ejércitos, incluso encargándose de la venta de cargos y honores que la corona tuvo que vender para financiarse durante la guerra. (ANDÚJAR, 2008) Desde estas posiciones, llamaron consigo a parientes, amigos y paisanos como ayudantes en sus empresas y los colocaron en posiciones estratégicas. Bajo Felipe V destacaron los financieros Goyeneche, Sesma, Iturralde, Astrearena,

Aldecoa, Arizcun, Mendinueta, Gastón, Clemente, Flon, Iriberry, Irigoyen, Iturriría, Borda, Aristia, Inda, muchos de ellos de origen baztanés. Estos grupos se convirtieron en los principales financieros de la corona, acumularon los asientos y el arrendamiento de las rentas reales, ocuparon posiciones estratégicas en los empleos económicos de las casas reales y cargos en el gobierno de la Real Hacienda. También, su cercanía al rey y a sus ministros les permitió introducir abundantemente a los jóvenes de sus parentelas en otros sectores de la administración real, el ejército y el alto clero. (IMÍZCOZ, 2014)

En definitiva, diversos grupos de parentesco provenientes de diferentes territorios de la periferia norteña se fueron elevando política y económicamente por distintas vías durante el reinado de Felipe V, muchas veces como resultado del apadrinamiento de promotores muy bien situados cerca del rey que ejercieron como cabezas tractoras de sus redes sociales. Así, Sebastián de la Cuadra, Secretario de Estado, promocionó especialmente los encartados vizcaínos. Juan de Idiáquez favoreció a sus redes de guipuzcoanos y vizcaínos en las Guardias Reales. El guipuzcoano Juan Bautista de Orendain, a sus relaciones, desde la Secretaría de Estado. Juan de Goyeneche, a su círculo de baztaneses, en las finanzas de la corona y la Hacienda real. José de Armendáriz apadrinó a una serie de navarros en las Guardias Reales. La marquesa de Montehermoso, desde palacio, y otros promotores alaveses, a gente de sus parentelas. Los ayaleses se elevaron, a través de precursores como los Horcasitas o Iruegas, en los negocios de la Corte, en cargos de la administración de Hacienda y, más tarde, en la dirección de los Cinco Gremios Mayores. Muchas veces las fuentes de promoción se sumaron y combinaron, en unos grupos de parentesco que multiplicaban sus alianzas y que pronto se expandieron en diferentes administraciones y espacios económicos.

Además, el momento de esta elevación política fue especialmente propicio. Coincidió con las grandes reformas administrativas, militares y hacendísticas emprendidas por Felipe V, quien necesitaba hombres de probada lealtad y competencia que las hicieran funcionar. Era, además, un momento en que una parte de la aristocracia castellana, que había ocupado tradicionalmente los cargos de gobierno, se hallaba en el exilio por su traición al rey en la Guerra de Sucesión y era objeto de la desconfianza por parte del monarca. (KAMEN, 1974)

Los hombres de estos grupos se elevaron más especialmente en las administraciones nuevas o renovadas por los Borbones, en las Secretarías del Despacho,

las Guardias Reales, las intendencias, la oficialía formada en las academias militares, los gobiernos político-militares, los cargos de la Real Hacienda y el clero regalista. En las Secretarías del Despacho destacaron ministros como La Cuadra (Estado), Orendain (Estado), Iturralde (Hacienda), Uztáriz (Guerra), Quintana (Marina e Indias), Eslava (Guerra), Múzquiz (Hacienda), Llaguno (Gracia y Justicia), Muniain (Guerra), González de Castejón (Guerra), Azanza (Guerra), Gardoqui (Hacienda), Urquijo (Estado), Garro (Hacienda), Mazarredo (Marina) o Salazar (Marina), y por debajo de ellos hubo un número importante de oficiales. Algunos hijos de estas familias descollaron en los Consejos, como Salcedo, Escalzo, Mendinueta, Gamio, Micheo o Viana. En la administración de Hacienda sobresalieron Múzquiz, Iturralde, Garro y, por debajo de ellos, hombres como Sesma, Iriberry, Daoiz, Arozarena, Goizueta y bastantes más. Entre los intendentes, conocemos bien las figuras de los hermanos Armona y Murga.

Estos grupos de parentesco dieron así mismo abundantes mandos del ejército y de la marina. Hemos contado no menos de 206 oficiales superiores, de los cuales 145 en el ejército y 61 en la armada. (IMÍZCOZ y BERMEJO, 2016) En el ejército destacaron los generales Aguirre, Álava, Andonaegui, Aramburu, Aréizaga, Armendáriz, Bretón, Eguía, Eslava, Girón, Guendica, Hurtado de Amézaga, Idiáquez, Jáuregui, Lardizábal, Las Casas, Mendinueta, Urbina, Urrutia, Vértiz o Zuloaga. En la Armada, los generales Álava, Ayalde, Daoiz, Gastón de Iriarte, Gaztañeta, González de Castejón, Guirior, Lezo, Mazarredo, Meceta, Ruiz de Apodaca o Salcedo. Algunos de estos hombres ejercieron gobiernos-político militares como virreyes y gobernadores en la península y en América, especialmente en la segunda mitad del siglo. Los nombres de Armendáriz, Zavala, Andonaegui, Eslava, Mendinueta, Jáuregui, Azanza, Zuloaga, Las Casas, Guirior o Iturrigaray son sobradamente conocidos. También, a lo largo de la centuria muchos individuos provenientes de estos territorios siguieron pasando del comercio a la oficialía del ejército y de la marina, dado que la carrera militar procuraba especiales oportunidades de ascenso por la abundancia de cargos que ofrecía un ejército macrocefálico y por los elementos de poder político y de prestigio social que esta carrera adquirió en el siglo XVIII.

Así mismo, numerosos hijos de estas parentelas se elevaron en el alto clero de la península y de América. En esta centuria hubo al menos 62 obispos y arzobispos

naturales de las provincias vascas y de Navarra. Muchos de ellos, aunque no todos, provenían de estos grupos elevados en torno al rey. Entre ellos cabe recordar a los obispos Elizacochea, Escalzo, Irigoyen y Dutari, Múzquiz y Aldunate, Ozta y Múzquiz, Pérez de Arellano, Ramírez de Arellano, Cuadra y Achiga, Gómez de la Torre, Mollinedo y Quadra, Orbe y Larreategui, Sáenz de Buruaga, Viana, Lardizábal o Lezo. Por debajo de ellos, hubo un número muy abundante de dignidades eclesiásticas en diversas catedrales de España y América. (IMÍZCOZ y GARCÍA DEL SER, 2008)

Por último, las redes de poder de estas parentelas se extendieron a escala de imperio y jugaron un papel especialmente destacado en el gobierno y la economía colonial en América, como ha puesto de relieve la historiografía americanista.¹ A lo largo del siglo XVIII, las redes de los comerciantes procedentes de los valles del Norte peninsular dominaron el circuito imperial del comercio. Los grupos originarios de Cantabria, las provincias vascas y el Norte de Navarra fueron actores principales en el comercio de la Corte, Cádiz, México, Lima, Buenos Aires, Venezuela o Guatemala.²

Jesús Cruz ha calculado que, entre 1750 y 1850, el 79% de los grandes comerciantes de Madrid eran de origen norteño, la gran mayoría de los valles de Cantabria y de las provincias vascas. Entre ellos sobresalían los Horcasitas, Ribas, Ubieta, Los Heros, Guardamino, Gardoqui, Pando, Quintana, Gorbea, Iruegas o Bringas. (CRUZ, 2000: 36, 40) Estas redes mercantiles de origen norteño destacaban en el aprovisionamiento de las casas reales y cortesanas, en la exportación de lanas y la importación de manufacturas del Norte de Europa, en el comercio con América y la importación de coloniales, y se hallaban a la cabeza de los Cinco Gremios Mayores de Madrid, como muestra en este dossier el trabajo de Antonio Martínez Borrallo.

En las mismas fechas, el 56,5% de los principales banqueros madrileños -13 de 23- provenían también del Norte, especialmente de las provincias vascas, Navarra y la Rioja. (CRUZ, 2000: 70-71, 80) Entre otros figuraban los Dutari, Fagoaga, Murga, Aguirre-Solarte, Chávarri, Abrisqueta o Argorri. Estas redes financieras estaban muy conectadas con el poder político, de modo que los mayores negocios -y los mayores ascensos sociales y políticos a lo largo de la centuria-, se produjeron a la sombra de la corona y en torno a las necesidades del Estado.

¹ Abundantísima, empezando por (OTAZU, 1970; ESCOBEDO; ZABALLA y ÁLVAREZ GILA, 1996).

² Entre muchos otros (CAULA, 2008).

Como hemos señalado, los hombres de estas redes sociales destacaron como tesoreros de la familia real, proveedores del Ejército y la Marina, arrendadores de las rentas reales y administradores de la Real Hacienda. Así mismo, participaron en la fundación y dirección de compañías privilegiadas de comercio con América (GÁRATE OJANGUREN, 1990 y 1993), en la dirección de las reales fábricas y en la creación y dirección de los Cinco Gremios Mayores y del Banco Nacional de San Carlos. (TORRES, 2000) En definitiva, estos grupos estuvieron especialmente presentes en toda la economía que se movía en torno a la construcción del Estado borbónico y que operaba bajo privilegio político, gracias a sus conexiones con la familia real y con el gobierno de la monarquía. (IMÍZCOZ y GUERRERO, 2012)

La concesión de la gracia regia hacia estos grupos de leales se produjo a diferentes escalas. En efecto, la nueva élite política y económica promovida por Felipe V no fue simplemente una clase cortesana, sino que estuvo muy presente en todos los niveles de gobierno de la monarquía, entre la Corte y las escalas regional, local e imperial, de modo que asegurara con su servicio la autoridad del rey y las necesidades de la corona en los diferentes espacios de la monarquía, como muestran Rafael Guerrero y Griselda Tarragó en este mismo dossier. El acceso privilegiado a la gracia regia abrió una estructura de oportunidades especialmente ventajosa para unas parentelas que funcionaban a escala general del imperio y que conectaban los espacios más diversos a través de intercambios intensos.

Los grupos mejor conectados con el rey, principal distribuidor de recursos en el siglo XVIII y fuente del privilegio político para los negocios (DEDIEU, 2010), adquirieron cargos, honores, recursos materiales, influencia, seguidores, muchas veces a costa de otros sectores menos favorecidos por el gobierno o peor conectados con las fuentes de la gracia.

El trabajo prosopográfico sobre los caballeros de las Órdenes Militares y de la Orden de Carlos III nos ha permitido obtener una visión de conjunto, cuantificando la presencia de naturales y descendientes de estos territorios en los honores prodigados por la corona y analizando su origen, perfil socioprofesional, genealogía social y conexiones familiares. (ARANBURUZABALA, 2009 y 2017; GORRÁIZ, 2017) La abundancia de estas distinciones revela una presencia destacada de estos sectores en el nivel superior de carreras al servicio del rey. Su origen geográfico es ilustrativo. Las capitales y villas

principales habían concentrado los hábitos en la primera mitad del siglo XVII. En el XVIII, las capitales siguen siendo focos importantes de caballeros, pero descuellan la sobrerrepresentación de ciertos territorios del mundo rural, en particular las Encartaciones de Vizcaya, el valle de Baztán, en Navarra, y el valle de Ayala, en Álava, que fueron probablemente las principales canteras de cuadros de los Borbones.

La capacidad de reproducción de estas redes de parentesco multisituadas fue extraordinaria y tuvo un gran efecto multiplicador. Por debajo de los caballeros y de los cargos más distinguidos, hubo centenares, probablemente miles, de individuos en cargos medios y subalternos de la administración real, del ejército y del alto clero, así como hombres de negocios en la Corte y numerosos comerciantes en todo el imperio. Por ejemplo, en el valle de Baztán, por debajo de la nómina de ministros, generales, virreyes, obispos o grandes financieros, hubo hasta ochocientos jóvenes naturales o descendientes de él que a lo largo del siglo hicieron ante notario “informes de filiación y limpieza de sangre” para acreditar su hidalguía en las instituciones y carreras reservadas a la nobleza.

El acceso privilegiado a la gracia regia abrió una estructura de oportunidades especialmente ventajosa para los miembros de unas redes sociales que tenían como base inicial el parentesco y que funcionaban a escala general de la monarquía. Estos grupos sociales se caracterizaron por su extraordinaria movilidad social y geográfica. Muchos de estos individuos se establecieron “a escala de imperio”, se insertaron en las oligarquías locales de la península y de América y fundaron allí sus familias. Los encontramos fundamentalmente establecidos en los principales centros de poder y riqueza, como la Corte y Cádiz, pero también en muchas otras ciudades de la península, como Sevilla, Zaragoza, Valencia, Cartagena, Murcia, Segovia, Pontevedra, Cáceres, Mallorca, Málaga, Alicante o Soria, entre otras, y ciudades de América como México, Veracruz, Cartagena de Indias, Lima, Buenos Aires, Santiago de Chile, Guatemala, Venezuela, La Habana y un largo etcétera.

Pero también, sus carreras y negocios en el orbe de la monarquía tuvieron consecuencias muy importantes en sus comunidades de origen. El interés de las familias del país por colocar a sus hijos en estas vías de enriquecimiento y ascenso se entiende fácilmente. Requería una inversión en la preparación de sus vástagos (en gran medida, de hecho, financiada por los parientes que los promocionaban), pero los réditos

económicos, sociales y políticos les recompensaban con creces. Los hijos que medraban en las estructuras de la monarquía desviaban hacia sus casas de origen recursos materiales e inmateriales, de modo que estas concentraban capital económico, simbólico y relacional, al tiempo que alimentaban con él su hegemonía local. En efecto, a través de los libros de cuentas, de la correspondencia epistolar y de la documentación notarial de familias baztanesas hemos podido observar cómo los parientes que prosperaban en las carreras y negocios del Imperio enviaban a sus familias dinero, abundante con respecto a la pobre economía local. A veces se trataba de grandes cantidades, herencias de tíos solterones o sin hijos, acciones de las compañías de comercio de Caracas y de La Habana, acciones del Banco de San Carlos, o de donaciones de dinero más o menos elevadas y recurrentes para sufragar gastos puntuales, pero también “mesadas” de dinero que hacían llegar a su casa nativa regularmente, cada mes, durante años, incluso durante tres décadas.

Gracias a este flujo de dinero, estas familias pudieron reconstruir sus casas y aumentar sus haciendas. También ejercieron un patronazgo abundante, financiando obras religiosas, asistenciales y educativas, lo que alimentó su prestigio en la comunidad. Así mismo, gracias a sus conexiones, los patricios locales miembros de estas parentelas jugaron en sus pueblos y ciudades un papel de mediadores para acceder a los recursos de la monarquía. Esta capacidad privilegiada como mediadores y conseguidores fue un elemento fundamental de su influencia local. Los cargos y honores obtenidos por los miembros de estas familias y su acción donativa alimentaron el prestigio y posición de sus familiares. Sus comunidades celebraban públicamente estos cargos, honores y donaciones con fiestas, repartos de alimentos, vino, música, salvas, cohetes, novillos ensogados, corridas de toros y otros festejos de gran carga simbólica. (IMÍZCOZ, 2001a; ARANBURUZABALA; ARTOLA RENEDO y GORRÁIZ, 2017)

Sin embargo, la participación en esta dinámica de carreras y negocios fue selectiva, ya que se entraba en ella básicamente a través de relaciones de parentesco, de tal manera que estos recursos se concentraron en determinadas parentelas, dejando fuera a las familias que no formaban parte de ellas. Como hemos visto en otro lugar, esto produjo contrastes económicos y culturales crecientes en el seno de estas comunidades y contribuyó a generar unos distanciamientos internos que tuvieron, sin duda, mucho que

ver con la fractura política que se produjo en el seno de estas comunidades en las primeras décadas del siglo XIX. (IMÍZCOZ, 2017)

Redes sociales y reproducción generacional en la clase dirigente.

La dinámica de reproducción generacional que siguieron estas familias es muy clara. Los trabajos de genealogía social muestran que estamos ante grupos de parentesco cuyos lazos familiares fueron el motor principal de esta producción y reproducción de carreras. Las familias que siguieron este camino adoptaron la política de guardar a un heredero en el país, para mantener la casa troncal y ejercer como patricio local y provincial, y de sacar a todos los hijos varones que fuera posible a las carreras al servicio del rey o a los negocios, gracias al apadrinamiento de sus parientes establecidos anteriormente en esas posiciones y a la influencia de las amistades útiles que estos pudieran movilizar a su favor. (IMÍZCOZ y GUERRERO, 2004)

La correspondencia epistolar de las familias baztanesas revela los mecanismos familiares que movían esta dinámica de carreras en las estructuras de la monarquía. Los parientes establecidos inicialmente en las instituciones y negocios fueron el motor principal. Pagaban la educación de sus jóvenes parientes, los llevaban consigo desde niños, incluso con nueve y diez años, los socializaban en los círculos de poder, los introducían en sus administraciones y negocios como ayudantes y, cuando se trataba de una institución que no dependía directamente de ellos, recurrían a las recomendaciones de sus amigos, colegas y ministros de tutela. Paralelamente, estos parientes poderosos contribuían a la política matrimonial de sus familias, dotando a sus sobrinas y buscando alianzas ventajosas para la parentela. (IMÍZCOZ, 2001b y 2013)

Lógicamente, las posibilidades de colocación de cada familia dependían de la biología -del número de varones supervivientes- y de la capacidad de apadrinamiento que tuvieran sus parientes protectores, según su posición y su mayor o menor poder de influencia. Una familia como la de Miguel de Múzquiz, Secretario de Hacienda de Carlos III, pudo colocar en carreras muy elevadas a los nueve sobrinos del ministro. Miguel de Múzquiz y Goyeneche (Elvetea, 1719 - Madrid, 1785) fue Secretario del despacho de Hacienda (1766-1785), Secretario del Consejo de Estado (1780) y conde de

Gausa (1783), y bajo su protección prosperaron los hijos de sus dos hermanas y los suyos propios.

De los cinco hijos de su hermana Josefa, los hermanos Mendinueta y Múzquiz, de la casa Isteconeá de Elizondo, Pedro (1736) fue capitán general de los Reales Ejércitos y virrey de Nueva Granada, en 1797; Miguel (1739-1806), gobernador del Consejo de Castilla; Antonio (1744-1829), chantre en la catedral de Pamplona; Jerónimo, consejero del Consejo de Hacienda en 1789, consejero camarista de la Cámara de Indias por honores en 1793 y conde de la Cimera, y Pedro Simón, administrador general de Cádiz e intendente honorario del Ejército, en 1798.

De los cuatro hijos de su hermana Ana María, los hermanos Ozta y Múzquiz, de la casa Zamarguillenea de Elvetea, Casimiro fue marqués de Ribascacho; Pedro Luis (Elvetea, 1742), obispo de Calahorra y la Calzada; Juan Rafael (Elvetea, 1757), tesorero de la Real Hacienda en Cádiz e intendente de provincia honorario, y José Ignacio, Arcediano de Álava de la catedral de Calahorra.

Por su parte los cuatro hijos de Miguel de Múzquiz, los hermanos Múzquiz Clemente, se establecieron también en posiciones elevadas. Agustín (Madrid, 1750-1819) fue mayordomo de semana del rey y II conde de Gausa; Bernabé (Madrid, 1757), rector de la universidad de Valladolid y arcediano de Alcira de la catedral de Valencia, en 1784; Félix (Madrid, 1756), teniente coronel; Ignacio (Madrid, 1759-Madrid, 1813), ministro plenipotenciario de España en Dinamarca (1785) y Prusia (1797), embajador de España en Francia (1799) y consejero del Consejo de Estado (1809); y su hija María Javiera casó con Juan Javier Goyeneche Indaburu (Madrid, 1741-Nuevo Baztán, 1788), conde de Saceda, marqués de Belzunce, marqués de Ugena y mayordomo de semana del rey.

La colocación de varios hermanos en las carreras al servicio del rey no fue una excepción, sino un hecho relativamente frecuente. Abundan, por ejemplo, las familias baztanesas que colocaron a sus hijos varones en semejantes carreras. De los tres hermanos Gastón de Iriarte Elizacochea, Miguel José fue teniente general de la Armada; Juan Javier, canónigo capiscol de la catedral de Toledo, y Pedro José, guardia real y teniente coronel. En 1757, cuatro hermanos Iribarren Elizacochea, de la casa Irigoyen de Arizcun, se hallaban colocados en diversos destinos al servicio del rey y en la economía de la corona: Vicente era tesorero de las Aduanas del Puerto de Santa

María; Pedro Matías, empleado de Su Majestad en las provincias de Orán; Juan Ignacio, oficial de la tesorería de la reina viuda; y Juan Luis, un hombre de negocios relacionado con las finanzas de la Corte. En 1776, la casa Unandeguía de Errazu tenía a cuatro hijos en la Corte y a uno en Sevilla, colocados en diversos empleos. En 1754, tres hermanos de la casa Irigoyen de Errazu se hallaban en Madrid. En 1771, cuatro hermanos Iriarte Echeverría, de la casa Indartea de Garzain, se encontraban en Caracas.³

De la familia ayalesa Armona y Murga, los cuatro hermanos varones salieron a servir al rey. Francisco Anselmo (Respaldiza, 1723-1764) fue administrador general de la Real Hacienda del reino de Murcia (1760) e intendente y visitador general de Nueva España (1764); José Antonio (Respaldiza, 1726- Madrid, 1792), intendente y corregidor de Madrid, en 1777; Matías (Respaldiza, 1731- La Habana, 1796), coronel del regimiento fijo de La Habana, y Pedro Alcántara (Orduña, 1734- Ávila, 1778), administrador general de las Rentas reales del reino de Sevilla e intendente de la provincia de Ávila, en 1777.

Tres hijos del alavés Tomás Ruiz de Apodaca (Manurga, 1702) hicieron carreras militares de renombre en la segunda mitad del XVIII. Sebastián Ruiz de Apodaca Eliza (1747-1818) fue teniente general de la Armada; Vicente (1750-1806), capitán de fragata e intendente de marina, y Juan (1754-1835), virrey y capitán general de Nueva España (1816-1821) y conde de Venadito. (GARMENDIA, 1990; GABRIEL y RUIZ DE APODACA, 1849)

Los cuatro hijos varones Zuaznávar y Francia, guipuzcoanos, siguieron carreras a caballo entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, Pablo en la Artillería, José Joaquín en la Marina, Javier María en el alto clero y José María en la magistratura. (ZUAZNÁVAR, 1834)

La biología tenía un peso importante, desde luego. Cuando sólo había un hijo, este quedaba, lógicamente, como heredero del mayorazgo y patricio local y provincial. El ejemplo más conocido es el de Xavier María de Munibe e Idiáquez (Azcoitia, 1729 - Vergara, 1785), conde de Peñafloreda, fundador de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Sin embargo, cuando una familia como esta podía, porque tenía hijos y capital relacional suficiente, los colocaba al servicio del rey. En este caso, el conde de Peñafloreda orientó a sus cinco hijos hacia la Marina y el Ejército: De los cinco

³ Archivo Histórico del Valle de Baztán (AHVB), Informes de filiación y limpieza de sangre; Filiaciones, Arizcun, leg. 45, nº 20.

hermanos Munibe Areízaga, Antonio (Azcoitia, 1754 - Marquina, 1820) fue cadete del regimiento de guardias de infantería española y conde de Peñaflorida; Luis (Vergara, 1764 - Isla de León, 1788), alférez de fragata; Félix (Azcoitia, 1766 - Cádiz, 1790), también alférez de fragata; Xavier (Vergara, 1769 - Madrid, 1788), guardia marina, e Ignacio (Vergara, 1772 - Bilbao, 1850), teniente de fragata.

Cuando la familia no tenía hijos varones, no era raro que un personaje se volcara especialmente en promocionar a sus sobrinos. Son ejemplos muy conocidos el de la parentela de Sebastián de La Cuadra, marqués de Villarías, Secretario de Estado de Felipe V, gran patrocinador de sus sobrinos y de los maridos de sus sobrinas. (ZULUAGA CÍTORES, 2000; MARTÍNEZ RUEDA, 1994) También fue espectacular la presencia en la marina y el ejército de la parentela del capitán general y ministro de marina José de Mazarredo Gortázar, quien sólo tuvo una hija. Nada menos que siete primos suyos, dos cuñados y ocho sobrinos hicieron carrera en la oficialía, además de tres sobrinas que casaron con militares (IMÍZCOZ y BERMEJO, 2016).

Las memorias de José Antonio Armona y Murga muestran muy bien cómo funcionaban las redes sociales de estos sectores en la administración de la monarquía. En la base de la entrada y la reproducción de estos grupos en el aparato político se hallaban los vínculos de parentesco. Los Armona y Murga formaban parte del círculo de parentesco de las familias ayalesas Horcasitas, Jiménez Bretón, Iruegas, Gorbea, Llaguno, elevadas en carreras al servicio de la corona, en particular en la Real Hacienda, muy bien instaladas en los negocios y cargos de la Corte. Sobre estas posiciones, las familias preparaban y apadrinaban las carreras de sus hijos al servicio del rey y en los negocios.

Básicas en los comienzos, las relaciones de parentesco podían resultar operativas a lo largo de toda la vida. Cuatro hermanos Armona y Murga hicieron carrera al servicio del rey. En los años cincuenta, el mayor, Francisco Anselmo, dio entrada en la administración real a sus hermanos menores, a través de su estrecha relación con el marqués de la Ensenada. A su muerte, en 1764, el segundo, José Antonio, tomó el relevo para proteger y promocionar a sus hermanos de múltiples maneras. A pesar de las distancias a que les condujeron sus empleos y destinos en España y en América, los hermanos cooperaron e intercambiaron servicios a lo largo de sus vidas. Por ejemplo, José Antonio obtuvo del marqués de Esquilache una pensión para los tres hijos de su

difunto hermano Francisco Anselmo, habló con Múzquiz a favor de su hermano Pedro Alcántara, que se verá promocionado a la intendencia de Ávila, y consiguió una cruz de Carlos III para su hermano Matías, que se hallaba cercado por sus enemigos políticos en La Habana. La colaboración entre parientes brilló en diferentes momentos. Entre otros, su pariente Eugenio Llaguno y Amírola le favoreció desde la Secretaría de Estado, mediando, entre otras cosas, para que José Antonio consiguiera una cruz pensionada de Carlos III o la intendencia de Galicia, y este expresó “lo mucho que [le] reconozco y debo”, “lo mucho que me favorecía” y que “me ha protegido” y cómo sus recomendaciones epistolares “me sirvieron de norte seguro” para guiarse en su carrera.

Sobre las bases iniciales que procuraban los vínculos de parentesco para entrar en el sistema, e incluso para prosperar en él, las relaciones profesionales, de amistad y de patronazgo ministerial fueron decisivas. A lo largo de toda su trayectoria de servicio a la corona, en Andalucía, Extremadura, Murcia, Cuba, Madrid, el círculo social de Armona fue ante todo su entorno profesional, los agentes de la monarquía con los que compartió destinos y colaboró en sus misiones. Pero las relaciones más útiles para medrar y captar recursos fueron las relaciones con los Secretarios del Despacho. José Antonio Armona tuvo amistad con el secretario de Hacienda Miguel de Múzquiz, “buen amigo de todos tiempos”, un jefe con el que “comíamos muchos días”, que “nos hacía un trato franco, amable y siempre igual”, que, entre otras cosas, le apoya para su nombramiento como corregidor de Madrid, le consigue del rey un aumento del sueldo y obtiene para su hermano Pedro Alcántara la intendencia de Ávila.

Armona tuvo así mismo relaciones de amistad con el secretario de Estado marqués de Grimaldi, “ministro benefactor”, quien aprecia enormemente los servicios de José Antonio, habla de ellos al rey y lo promociona, primero a la intendencia de Galicia y, luego, al corregimiento de Madrid. Grimaldi, que en la Corte les invita a comer todos los días que pudieran, con quien habla personalmente en su cuarto y a quien acompaña a su palco de la ópera italiana en los Sitios Reales.

Luego, Armona tuvo trato frecuente con Floridablanca, a quien Grimaldi presentó como su criatura. “Aquí me siento -nos dijo- entre dos hechuras mías que estimo mucho, gloriándome de haberlas creado y de que sean mías”. Grimaldi presenta a los dos gobernantes como criaturas suyas e informa a cada cual de los méritos del otro. En esta transición política, Armona ofrece sus respetos al nuevo ministro, le pide su

protección y este se la da. Esta herencia fue beneficiosa para Armona, que conversa a solas con Floridablanca, junto al fuego de la chimenea y despacha con él. Este le ofrece sus auxilios y protección para él, su mujer y sus hijos, y obtiene del rey una pensión vitalicia para ellos. (IMÍZCOZ, 2012)

El juego de este capital relacional explica la reproducción de las familias en las estructuras de la monarquía. Las familias mejor instaladas en el sistema pudieron renovarse en los negocios de la corona y en las carreras al servicio al rey, especialmente en el ejército, hasta la crisis final de la monarquía. En otro lugar hemos mostrado el ejemplo paradigmático de la familia Gastón de Iriarte, cómo esta familia baztanesa se perpetuó ininterrumpidamente en estas carreras a lo largo de cuatro generaciones sucesivas, desde 1680 hasta las primeras décadas del siglo XIX. (IMÍZCOZ, 2010) Sin embargo, a pesar de las apariencias de continuidad, las cosas iban a cambiar drásticamente.

Desestabilización y caída de una clase política y cultural.

Estas parentelas llegaron al reinado de Carlos IV con muchas posibilidades de reproducirse de nuevo en las estructuras de la monarquía. Hemos visto las carreras a que habían accedido con Carlos III las familias de los Múzquiz, Mendinueta, Ozta, Mazarredo, Gastón de Iriarte, Ruiz de Apodaca, Armona y Murga, entre tantos otros. En diversos trabajos hemos podido mostrar la fuerza y las ramificaciones de estas redes de poder en la Corte, la alta administración y el ejército. Las memorias privadas revelan los entornos privilegiados en que se insertaba un joven, como el guipuzcoano José María Zuaznávar y Francia, cuando llegaba a la Corte en 1784, con diecinueve años, el círculo de amistades en que este se codeaba con los más altos ministros, consejeros, generales, financieros e intelectuales del momento. (ZUAZNAVARR, 1834) También, la correspondencia epistolar muestra la capacidad operativa de estas redes sociales a la altura de 1789, cuando, gracias a sus relaciones, la familia Gastón de Iriarte era capaz de colocar al joven Luis Gonzaga en la selecta academia de Artillería, en un contexto muy competitivo, cuando sólo fueron admitidos once cadetes de los ciento cincuenta candidatos que habían pretendido entrar y, para mayor dificultad, cuando las once plazas ya habían sido concedidas. (IMÍZCOZ, 2010)

Sin embargo, este modelo de reproducción en las estructuras de la monarquía, que había funcionado de forma tan exitosa durante la centuria, empezó a declinar a partir del momento en que la corona, que había sustentado su apoyo, entró en una crisis creciente, desde comienzos de la década de 1790, dando lugar a un periodo de inestabilidad política, invasiones extranjeras, crisis económica, guerras civiles, pérdida del imperio, purgas y violencia popular recurrente que culminaría en la primera guerra carlista (1833-1839). La crisis estructural de la monarquía afectó especialmente a estas parentelas. Una vez que se vieron privadas del acceso a la gracia real y a los recursos de la monarquía y del imperio, muchas de estas familias sufrieron un duro proceso de desclasamiento social.

Para percibir esta evolución nos hemos fijado en la trayectoria de las familias de los fundadores y dirigentes de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, los 24 socios de número, que eran, básicamente, familias de las provincias vascas ligadas entre sí por diversos grados de parentesco y especialmente vinculadas a las carreras al servicio del rey y a la economía de la corona. Unas, como los Munibe-Idiáquez, Moyua, Lili, Aguirre, Corral, Barrenechea, Mata Linares, Salazar, Álava y Esquivel, desde el reinado de Felipe V, incluso desde mucho antes, en que habían destacado especialmente entre los vascos de la Corte. Otras, como los Mazarredo, Urbina, Ibarra o Epalza se habían incorporado a esta dinámica de carreras más tarde y habían entroncado matrimonialmente con los primeros.

La evolución de las carreras de estas familias al servicio del rey permite analizar el auge y caída de esta clase política y cultural. En el cuadro siguiente, hemos agrupado por fechas de nacimiento, en periodos de 20 años, los hijos de estas parentelas que siguieron carreras al servicio de la corona fuera de las provincias vascas. (IMÍZCOZ y BERMEJO, 2017)

<i>Genealogía social familias 24 socios de número RSBAP</i>	
Individuos con carreras al servicio del rey fuera de las provincias vascas	
Generación nacida entre 1700-1720	17
“ “ “ 1720-1740	18
“ “ “ 1740-1760	36
“ “ “ 1760-1780	38
“ “ “ 1780-1800	26
“ “ “ 1800-1820	9

De un total de 144 miembros con carreras al servicio del rey, las dos primeras generaciones reflejan la emergencia y elevación de estas redes familiares con Felipe V. Las décadas centrales, entre 1740 y 1780, corresponden a la multiplicación de carreras, como efecto del apadrinamiento de los parientes de las generaciones anteriores, y obedecen así mismo al periodo de fundación y esplendor de la Bascongada, en los tiempos en que gozó de la especial protección de Carlos III. A partir de ahí, se observa un descenso. Primero, relativo: en la generación de los nacidos entre 1780 y 1800, las entradas en carreras al servicio del rey todavía fueron abundantes, fruto de las excelentes conexiones con las instituciones de la monarquía que estas familias conservaban. Sin embargo, a pesar de los inicios prometedores, estas carreras pronto se vieron truncadas, quedándose estancadas por lo general en los niveles inferiores, muy por debajo de lo que había sido la tónica hasta entonces. Los peores efectos de esta crisis se concentraron en la generación posterior. De los individuos que nacieron entre 1800 y 1820, solamente nueve, que sepamos, pudieron entrar en carreras al servicio del rey. El contraste con las generaciones del XVIII es flagrante. En un contexto brutal, apartados del favor real y sin parientes en las estructuras de la monarquía que pudieran apadrinarlos, los miembros de esta generación sufrieron la crisis con duras consecuencias y terminaron replegándose en el espacio provincial, perdiendo su carácter estatal e imperial.

El contexto en que se produjo esta caída y desclasamiento es conocido. Desde finales del siglo XVIII, la monarquía española entró en una secuencia de inestabilidad política, guerras y crisis creciente. Desde los años 1790 se produjo una erosión acelerada del régimen (PORTILLO, 2012; MILLÁN, 2010) que daba la sensación de que la monarquía se estaba hundiendo. (LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, 2008; FONTANA, 2007; LA PARRA, 1994; MORALES MOYA, 1998; EGIDO, 2015) Desde finales del reinado de Carlos III, la lucha de facciones en la Corte y las ideas revolucionarias agitaron las aguas políticas. El miedo del gobierno al contagio de la Revolución francesa frenó el reformismo ilustrado y dio lugar a una política represiva a partir de 1791. El contexto internacional resultó muy desfavorable para España, que se encontró atrapada entre dos potencias, Francia e Inglaterra, de tal modo que la alianza con una u otra trajo consecuencias graves. La Guerra contra la Convención francesa, entre 1793 y 1795, provocó daños graves en Vizcaya, Guipúzcoa y el norte de Navarra

y despertó la desconfianza del gobierno de Godoy hacia unas élites provinciales acusadas de connivencia con los invasores. La guerra contra Inglaterra, a partir de 1796, paralizó el comercio atlántico y la llegada de la plata americana, agudizando la grave crisis hacendística de la monarquía y agotando la capacidad de la gracia real. En este contexto, la arbitrariedad y clientelismo de Godoy en la entrega de mercedes produjo un enorme descontento que acabó desacreditando al propio rey. La deuda pública se multiplicó por cuatro entre 1759 y 1808. La política del gobierno para intentar paliar la crisis financiera no hizo más que aumentar el resentimiento. Los vales reales sufrieron constantes devaluaciones, con las consiguientes pérdidas para los inversores que habían confiado en la corona. La desamortización de 1798, con la venta de los bienes de las obras pías, hospitales y hospicios, puso en contra del gobierno a amplios sectores de la Iglesia y de la sociedad. Sobre estas bases, la Guerra de la Independencia, entre 1808 y 1814, completó el desastre. Desde entonces, la convención real, aceptada por todos, del monarca como cabeza y garantía del equilibrio del cuerpo político de la monarquía quebró definitivamente. El inicio de las revoluciones políticas, con la promulgación de las constituciones liberales y los contraataques de los sectores contrarrevolucionarios, marcaron las primeras décadas del siglo XIX. El largo ciclo de crisis iniciado a finales del siglo XVIII culminaría con la pérdida del imperio americano y, en 1833-1839, con la primera guerra carlista, una guerra civil que resultó terriblemente violenta en las provincias vascas y en Navarra.

El proceso de desmoronamiento de la corona afectó especialmente a los sectores de las élites vascas y navarras que durante el siglo XVIII habían estado más vinculados a las carreras y recursos de la monarquía. En las provincias vascas, los efectos se hicieron sentir con fuerza. El mundo de las familias de la Bascongada había sido un mundo muy abierto a las ideas de la Ilustración y a la entrada de obras, tratados y propaganda que procedían de Europa y, sobre todo, de Francia. A partir de 1791, el miedo del gobierno al contagio revolucionario llevó a reactivar la Inquisición, a la censura, la confiscación de obras sospechosas, la vigilancia de las fronteras para prohibir la entrada de libros prohibidos, y el férreo control de posibles disidentes y adeptos a la revolución. Esto supuso una paralización abrupta de las políticas reformistas propulsadas hasta entonces desde el gobierno de la monarquía. Todo ello trajo consecuencias nefastas para la Sociedad Bascongada, que desembocarían en su

disolución en 1806. La Inquisición persiguió a destacados ilustrados de esta Sociedad como Valentín de Foronda, Félix María de Samaniego, el marqués de Narros o Vicente María Santibáñez por supuesta connivencia con las ideas revolucionarias. Estos hechos indujeron a sus miembros a una férrea autocensura que conllevó la paralización de toda labor en pro de las Luces.

Por si fuera poco, el Real Seminario Patriótico de Nobles de Vergara, estandarte de la Bascongada, que impartía una educación progresista a hijos de las élites de España y América y preparaba a futuros cuadros de la monarquía, en particular del ejército borbónico (CHAPARRO, 2011), tuvo que cerrar sus puertas en 1794, cuando las tropas francesas penetraron en territorio guipuzcoano. Pasada la guerra, el colegio de Vergara no recuperaría su plena autonomía, puesto que en 1804 Godoy retiró su gobierno de manos de los dirigentes de la Bascongada para ponerlo en manos de un hombre suyo. (BERMEJO y CHAPARRO, 2017)

La Guerra de la Convención y el gobierno de Godoy supusieron un giro crítico en esta historia. La fácil penetración de las tropas francesas en Vizcaya, Guipúzcoa y el Norte de Navarra, la huida de patricios provinciales hacia el interior de Castilla, la rendición sin apenas resistencia de San Sebastián o Bilbao, incluso el proyecto de una minoría de anexionar la provincia de Guipúzcoa a la República francesa, hicieron saltar todas las alarmas en la Corte, ante unas provincias que estaban ofreciendo claras muestras de traición. (AYMES, 1991; MUTILOA, 1978; FEIJÓO, 1991, PORTILLO, 1994; LASALA, 1987)

Al parecer, la guerra despertó la desconfianza de Manuel Godoy hacia unas élites provinciales a las que se acusaría de entreguismo e infidencia. Tales acusaciones de deslealtad circularon en la Corte y preocuparon sobremanera a las redes de las élites vascas y navarras que todavía mantenían una importante presencia en el gobierno de la monarquía y que intentaron neutralizar por todos los medios estas imputaciones. (IMÍZCOZ y BERMEJO, 2018)

En un momento de extrema gravedad, los reyes Carlos IV y María Luisa pusieron la salvación de la monarquía en manos de su joven amigo y confidente, Manuel Godoy. Este era un joven guardia real surgido prácticamente de la nada, sin vínculos con los antiguos partidos cortesanos heredados de la era de Carlos III (LA PARRA, 2005), pero tuvo la misión de emprender una reordenación integral de la élite del país, buscando a

servidores fieles que sirvieran a sus designios, y en última instancia, a los del rey. En esta tarea, Godoy llevó al extremo las prácticas arbitrarias del patronazgo regio con el fin de beneficiar a su propia clientela, en perjuicio muchas veces de individuos que creían estar sólidamente establecidos. (ANDÚJAR, 2007; MOLAS, 2003; CALVO; GONZÁLEZ FUERTES, 2016) Daniel Bermejo está investigando de qué modo la llegada de Godoy afectó a los sectores de las élites vascas y navarras encumbrados en los puestos de poder de la monarquía. La impresión es que los miembros de estos grupos se vieron desigualmente afectados. Mientras que unos fueron perjudicados, quizás los menos afectos, como Mazarredo, Urquijo, Zuaznávar o Ezcoiquiz, los amigos o leales de Godoy se vieron recompensados, como parece ser el caso de Llaguno y Amírola, Urrutia y Las Casas o Valentín de Foronda.

La revuelta de la Zamacolada, ocurrida en Bilbao y sus inmediaciones en el verano de 1804, marcó otro hito en el intrusismo de Godoy, en este caso en Vizcaya, a la hora de reconfigurar la clase dirigente del Señorío. La Guerra contra la Convención había dejado tras de sí una situación económica desoladora, que se tradujo en un aumento exponencial de los impuestos sobre los consumos y de otras medidas impopulares como la venta de tierras comunales. Todas estas disposiciones, onerosas para la población, agudizaron el resentimiento hacia aquellas élites cortesanas que dirigían las provincias y que habían quedado desacreditadas por su comportamiento durante la guerra. (YBARRA, 1941; GUEZALA, 2003; RIBECHINI, 1996; EGIBAR, 2000) En este contexto, se fue configurando en el Señorío un partido, encabezado por el escribano Simón Bernardo de Zamácola, que parece estar compuesto por sectores emergentes que hasta entonces se habían mantenido en un papel discreto en la política provincial y se habían visto excluidos del acceso a los cargos y honores de la monarquía, que monopolizaba y mediatizaba el sector dominante. Este partido zamacolista supo patrimonializar los descontentos populares.

Una vez finalizada la guerra de la Convención, la facción zamacolista consiguió hacerse con el poder en las Juntas Generales de Vizcaya y en su Diputación y consiguió acceder al favor de Godoy. (GAGO CARRO, 2013) Según nuestra hipótesis, el válido potenciaría a este nuevo grupo para apartar a las élites que no habían sabido defender el territorio frente a las tropas francesas y como forma de asegurar la lealtad y el gobierno del Señorío mediante una nueva clientela adicta a su persona. De hecho, los

zamacolistas emprendieron reformas que beneficiaron al Príncipe de la Paz. No es casual que en el bando contrario a Zamácola y sus socios se hallasen las familias más representativas de la hora del XVIII vizcaína, la mayoría de ellas muy unidas a la Bascongada.

Sin embargo, el motín de 1804 contra los proyectos de Zamácola terminó con el dominio del Señorío por la facción zamacolista. No es descabellado pensar que detrás del levantamiento se hallaran las instigaciones de los sectores que en aquel momento estaban sufriendo el ostracismo de Godoy, puesto que la mayoría de ellos pertenecían al sector opuesto a Zamácola. Quizás esto tuviera que ver con el hecho de que el clan de los Mazarredo y los Urquijo, contrarios a Godoy, fueran exiliados de Bilbao en aquel momento. En 1804, José de Mazarredo Gortazar (Bilbao 1745 - Madrid 1812), uno de los marinos más prestigiosos del país, que ya había tenido anteriormente diferencias con Godoy, se encontraba desterrado en Bilbao junto con su amigo Mariano Luis de Urquijo (Bilbao 1769 - Paris 1817), antiguo Secretario de Estado en el bienio en que Godoy fue apartado del poder (1798 - 1800). No es de extrañar que el valido quisiera librarse de ellos, ambos hombres de prestigio que suponían un peligro para sus aspiraciones y da la impresión de que el suceso de la Zamacolada le sirvió para quitárselos del medio de una vez por todas. Mazarredo y Urquijo habían sido convocados como interlocutores entre los amotinados y los zamacolistas para mediar en el conflicto. Sin embargo, ambos fueron utilizados como chivos expiatorios y condenados a duras penas de destierro. (ROMERO, 2009) Junto con ellos, fueron expulsados numerosos parientes cercanos, sobre todo de Mazarredo, que tenían especial influencia en aquel momento en el ayuntamiento de Bilbao, la Diputación de Vizcaya, el Consulado de comercio y la alta oficialía de la marina. Ni que decir tiene que las carreras en la oficialía de los miembros de estas parentelas se vieron frenadas durante todo el periodo. (IMÍZCOZ y BERMEJO, 2018)

En cualquier caso, en respuesta a la Zamacolada, Godoy mandó a las tropas reales para volver a recuperar el control del Señorío, militarizando el territorio e imponiendo cambios drásticos que afectaban de lleno al régimen foral. Las últimas tropas en retirarse lo harían en 1807.

La Guerra de la Independencia española supuso el apartamiento definitivo de la mayor parte de las élites ilustradas vascas de las esferas del gobierno. La gran mayoría

de los herederos de la recién clausurada Bascongada se unieron al bando afrancesado. Entre otros motivos, José I traía consigo un programa de reformas que era muy del gusto de los sectores modernizadores más templados que trabajaron para la monarquía ilustrada de los gobiernos de Carlos III y IV. Tras dos décadas de reformas paralizadas por el temor a la revolución y las crisis bélicas y hacendísticas, podía parecer que un gobierno fuerte traería por fin una nueva etapa de estabilidad y permitiría implantar un programa integral de reformas que lograra revertir la situación de atraso del país. (ARTOLA, 1953; LÓPEZ TABAR, 2001; ORTIZ DE ORRUÑO, 2010) Las posibilidades de promoción personal pesaron también sin duda. Parece lógico que los sectores de las élites ilustradas vascas que se habían visto marginados por la política de Godoy quisieran aprovechar las oportunidades que se abrían con la nueva dinastía, en 1808.

Aunque la gran mayoría de estos individuos optó por José I, lo cierto es que dentro del mismo grupo, incluso dentro de una misma familia, hubo destacados miembros posicionados tanto en el bando patriota como en el josefino. (IMÍZCOZ y BERMEJO, 2017) Hombres como Mazarredo, Urquijo, el marqués de Montehermoso, Azanza fueron josefistas, mientras que otros como Álava, Castaños o Salazar lucharon con los patriotas. En un tiempo de fuerte inestabilidad e incertidumbre (HOCQUELLET, 2010), la guerra, las experiencias personales y las nuevas ideas políticas abrieron espacios a las soluciones individuales. Aunque la patria potestad familiar siguiera pesando, las primeras rupturas en el mundo de las élites ya eran una realidad que había empezado a resquebrajar políticamente a familias y amigos. (LUIS, 2011a; 2011b)

La guerra trajo consigo rupturas de los vínculos de amistad. Así, José María Zuaznávar y Francia rechazó las propuestas tentadoras de antiguos amigos íntimos, con los que había compartido espacios cortesanos e innumerables tertulias, que, conociendo la situación precaria en la que este se encontraba, tras ser forzosamente jubilado en 1803, le ofrecían un puesto en la administración de justicia del nuevo Estado bonapartista: “Desde allí frustré más de una vez las esperanzas que concibieron mis ex-amigos O´Farrill y Mazarredo de llevarme a su partido con ofrecimientos de grandes empleos con que lisonjeaban, y alagaban mi amor propio y mi ambición.” (ZUAZNAVAR, 1834: 62).

Definitivamente, la cohesión del grupo de las élites ilustradas vascas se iba fracturando por dentro. Tras el regreso de Fernando VII en 1814, las fidelidades de aquellos que habían defendido su partido en la guerra y no estaban involucrados en simpatías de signo liberal, fueron recompensadas. Zuaznavar, por ejemplo, consiguió al fin su ansiada restitución en la magistratura, siendo nombrado en 1817 consejero del Consejo de Navarra. Sin embargo, los afrancesados de los grupos dirigentes vascos fueron acusados de traidores, excluidos de los cargos al servicio del rey, exiliados u obligados a un discreto silencio en las provincias y no pocas veces fueron objeto de las iras populares en sus comunidades. (BENITO, 2014; IMÍZCOZ y BERMEJO, 2017)

No todas las familias sufrieron la crisis de la monarquía con la misma intensidad. Hubo familias de las élites ilustradas, como los Epalza, Ibarra, Álava, Esquivel o Mazarredo que, a pesar de numerosos altibajos, propios de tiempos de tanta inestabilidad, consiguieron sortear la crisis, incluso encontraron nuevas oportunidades de ascenso. Tras la poda, algunas familias darían cargos al servicio de Isabel, dentro del moderantismo, aunque nada comparable con lo que habían conocido en el siglo XVIII. Para la mayoría, sin embargo, la experiencia resultó traumática. Familias de la Bascongada como los Munibe-Idiáquez, Moyua, Aguirre, Barrenechea, Mata Linares, Urbina o Salazar sufrieron la crisis con toda su crudeza. La mayoría de ellos perdieron en una generación sus entradas en el gobierno de la monarquía y no volvieron a reproducirse en las carreras al servicio del Estado. En estos casos, se vieron obligados a replegarse en el espacio provincial, intentando conservar a duras penas el patrimonio familiar. (IMÍZCOZ y BERMEJO, 2017)

Como hemos dicho, una parte sustancial de la economía de estas familias se había alimentado de la gracia real. Durante generaciones, el monarca había propiciado su enriquecimiento con la concesión de cargos, honores, títulos y privilegios económicos. Sin embargo, la calamitosa secuencia seguida a partir de la década de 1790 dejó a la monarquía prácticamente sin recursos, una situación crónica que se prolongó en las primeras décadas del siglo XIX. (FONTANA, 1979, 2001, 2002) Por un lado, el rey fue incapaz de seguir financiando una administración y un ejército que habían crecido de manera extraordinaria en el siglo pasado, en una coyuntura económica favorable; además, la gracia real se volvió hacia otros actores, en buena medida hombres nuevos que habían demostrado su lealtad en la guerra de la Independencia y que luego

medraron con Fernando VII. En otros trabajos hemos contemplado cómo la falta de estos recursos afectó a las familias que se habían enriquecido gracias a ellos. El desclasamiento social de los baztaneses Gastón de Iriarte, entre 1790 y 1840, desde la cumbre de “la hora navarra del XVIII” hasta la ruina final de la casa Iriarte, ofrece un ejemplo terriblemente elocuente. (IMÍZCOZ y BERMEJO, 2018; CASTELLANO, 2007)

Bibliografía

- ANDÚJAR, F. (2008). *Necesidad y venalidad. España e Indias, 1704-1711*. Madrid. Centro de Estudios políticos y Constitucionales.
- ANDÚJAR, F. (2008). “Nepotismo, clientelismo y fidelidad. De Floridablanca a Godoy (1789-1798)”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, VII, pp. 179-211.
- ANDÚJAR, F. (2000). “Elites de poder militar: las Guardias reales en el siglo XVIII”. En: CASTELLANO, J.L.; DEDIEU, J. P. y LÓPEZ-CORDÓN, M^a. V. Cordón (eds.), *La pluma, la mitra y la espada. Estudios de historia institucional en la Edad Moderna*. (pp.65-94). Madrid. Marcial Pons.
- AQUERRETA, S. (2001). *Negocios y finanzas en el siglo XVIII: la familia Goyeneche*. Pamplona. Eunsa.
- ARANBURUZABALA, Y. (2017). *Los caballeros vascos y navarros en el siglo XVIII. Honores, ascenso social y repercusiones en el territorio*. (Tesis de Doctorado en Historia). Universidad del País Vasco.
- ARANBURUZABALA, Y. (2009). “Caballeros de las Órdenes Militares en Álava, Bizkaia, Gipuzkoa y Navarra en el siglo XVIII: procedencia geográfica y aproximación social”, *Sancho el Sabio*, 30, pp. 11-48.
- ARANBURUZABALA, Y.; ARTOLA RENEDO, A. y GORRÁIZ, N. (2017). “Honores de la Corona, honores de la comunidad. Monarquía, movilidad social y hegemonía local en las tierras vascas (1700-1808)”, *Historia Social*, 89, pp. 103-121.
- ARTOLA, M. (1953). *Los afrancesados*. Madrid. CSIC.
- AYMES, J. R. (1991). *La guerra de España contra la revolución francesa (1793-1795)*. Alicante. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.
- BERMEJO MANGAS, D. y CHAPARRO SÁINZ, A. (2017). “Sobrevivir a la catástrofe. Los reformistas vascos durante la crisis de la monarquía (1794-1806)”, *Historia Social*, 89, pp. 123-137.
- BENITO AGUADO, T. (2014). Vitoria tras la guerra de la independencia. Proyectos políticos y enfrentamiento social en tiempo de paz. En: AMORES, J. B. (coord.). *Los tiempos de Espada: Vitoria y La Habana en la era de las revoluciones atlánticas*. (pp. 55-86). Bilbao. Universidad del País Vasco.
- CALVO MATURANA, A y GONZÁLEZ FUERTES, M. A. (2016). “Patronazgo y clientelismo en la Corte de Carlos IV: particularidades y continuismos”. En: IMÍZCOZ BEUNZA, J.M y ARTOLA RENEDO, A. (coords.). *Patronazgo y clientelismo en la Monarquía hispánica (siglos XVI-XIX)*. (pp.385-408). Bilbao. Universidad del País Vasco.

- CARO BAROJA, J. (1969). *La hora navarra del XVIII (Personas, familias, negocios e ideas)*. Pamplona. Diputación Foral Navarra/Príncipe de Viana.
- CASADO, H (2010). “Genèse et fin des réseaux de commerce castillans dans l’Europe des XVe et XVIe siècles”. En: COULON, D. (dir.). *Réseaux marchands et réseaux de commerce*. (pp. 129-149). Strasbourg. Presses Universitaires de Strasbourg.
- CASTELLANO, G. (2007). *Los Gastón de Iriarte. Trayectoria de una casa baztanesa (siglos XVI-XIX)*, Pamplona. Ediciones Eunate.
- CAULA, E. (2008). *Tramas familiares y configuraciones mercantiles de origen vasco en el pasaje del orden político colonial al revolucionario. El Río de la Plata entre 1776 y 1820*. (Tesis de Doctorado en Historia). Universidad del País Vasco.
- CHAPARRO SÁINZ, A. (2011). *Educarse para servir al Rey: el Real Seminario patriótico de Vergara (1776-1804)*. Bilbao. Universidad del País Vasco.
- CRUZ, J. (2000). *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la Revolución liberal española*. Madrid. Alianza.
- DEDIEU, J. P. (2010). *Après le roi. Essai sur l’effondrement de la monarchie espagnole*. Madrid. Casa de Velázquez.
- DEDIEU, J. P. (2001). “Dinastía y elites de poder en el reinado de Felipe V”. En: FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. (ed.). *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*. (pp. 381-399). Madrid. Marcial Pons.
- EGIBAR, L. (2000). “Notas para el estudio de la Zamacolada: El expediente instructivo sobre alteración de arbitrios aprobados en Juntas Generales (1794-1798)”. En: GARCÍA, J. A. y MIEZA, R. M. (eds.). *Haciendo historia: homenaje a M^a Ángeles Larrea*. (pp. 447-480). Bilbao. Universidad del País Vasco.
- EGIDO, T. (2015). *Carlos IV*. Madrid. Ediciones 19.
- ESCOBEDO, R.: ZABALLA, A. y ÁLVAREZ GILA, O. (eds.). (1996). *Emigración y redes sociales de los vascos en América*. Vitoria. Universidad del País Vasco.
- FEIJÓO CABALLERO, P. (1991). *Bizkaia y Bilbao en tiempos de la Revolución francesa*. Bilbao. Diputación Foral.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, F. (2000). *Comerciantes vascos en Sevilla, 1650-1700*. Vitoria-Gasteiz. Diputación Sevilla/Gobierno Vasco.
- FONTANA, J. (2007). “Capítulo 1: España a comienzos del siglo XIX”. En: FONTANA J. y VILLARES R. (dirs.). *Historia de España. La época del liberalismo*. vol. 6. (pp. 1-36). Barcelona. Crítica/Marcial Pons.
- FONTANA, J. (2002). *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820)*. Barcelona. Crítica.
- FONTANA, J. (2001). *Hacienda y Estado 1823-1833*. Madrid. Instituto de Estudios Fiscales.
- FONTANA, J. (1979). *La crisis del Antiguo régimen 1808-1833*. Barcelona. Crítica.
- GABRIEL Y RUIZ DE APODACA, F. (1849). *Apuntes biográficos del señor don Juan Ruiz de Apodaca y Eliza, conde de Venadito*. Burgos. Librería de José Antonio de Azpiazu.
- GAGO CARRO, G. (2013). *Aproximación al estudio de las causas de la Zamacolada*. (Trabajo de Máster dirigido por José María Imízcoz). Vitoria-Gasteiz, UPV/EHU.
- GÁRATE OJANGUREN, M. (1990). *La Real Compañía Guipuzcoana de Caracas*. San Sebastián. Sociedad Guipuzcoana de ediciones y Publicaciones.
- GÁRATE OJANGUREN, M. (1993). *Comercio ultramarino e Ilustración. La Real Compañía de la Habana*, San Sebastián. Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.
- GARCÍA FUENTES, L. (1991). *Sevilla, los vascos y América. (Las exportaciones de hierro y manufacturas metálicas en los siglos XVI, XVII y XVIII)*. Bilbao. Fundación BBV.

- GARMEDIA, J. (1990). *Tomás Ruiz de Apodaca, un comerciante alavés con Indias (1709-1767)*. Vitoria. Diputación Foral de Álava.
- GORRAIZ, N. (2017). “La administración de la gracia. La Orden de Carlos III en el aparato del gobierno de la monarquía”. En: NAVA, T. (ed.). *De ilustrados a patriotas. Individuo y cambio histórico en la monarquía española*. (pp. 271-296). Madrid. Sílex.
- GUERRERO, R. (2012). *Las elites vascas y navarras en el gobierno de la Monarquía borbónica: Redes sociales, carreras y hegemonía en el siglo XVIII (1700-1746)*. Universidad del País Vasco. Bilbao.
- GUEZALA, L. (2003). *Bizkaia por sus fueros. La Zamakolada*. Bilbao. Juntas Generales de Bizkaia.
- HOCQUELLET, R. (2010). “El complejo de huérfano: Los españoles antes de la acefalía”. En: LA PARRA, E. (coord.). *La guerra de Napoleón en España: reacciones, imágenes, consecuencias*. (pp. 51-66). San Vicente de Raspeig. Universidad de Alicante-Casa Velázquez.
- IMÍZCOZ, J. M. (2017). “Una modernidad diferencial. Cambios y resistencias al cambio en las tierras vascas, 1700-1833”, *Historia Social*, 89, pp. 79-102.
- IMÍZCOZ, J. M. (2016). “Servidores del rey, hombres de negocios, ilustrados. Las élites vascas y navarras en la monarquía borbónica”. En: VV.AA. *El País Vasco, tierra de hidalgos y nobles*. (pp. 125-187). Santander. Fundación Banco Santander.
- IMÍZCOZ, J. M. (2014). “Los navarros en la Corte. La Real Congregación de San Fermín (1683-1808)”. En: GARCÍA GARCÍA, B. J. y RECIO MORALES, O. (eds.). *Las corporaciones de nación en la monarquía hispánica (1580-1750). Identidad, patronazgo y redes de sociabilidad*. (pp. 141-212). Madrid. Fundación Carlos de Amberes.
- IMÍZCOZ, J. M. (2013). “D’une génération à l’autre. Réseaux et pratiques familiales de reproduction dans les carrières de la monarchie hispanique au XVIIIe siècle”. En: BELLAVITIS, A.; CASELLA, L. y RAINES, D. (dirs.). *Construire les liens de famille dans l’Europe moderne*. (pp. 153-180). Rouen. Presses Universitaires de Rouen et du Havre,
- IMÍZCOZ, J. M. (2012). “Los agentes de la monarquía borbónica. Un contexto para Armona”. En: ARMONA Y MURGA, J. A., *Noticias privadas de casa útiles para mis hijos*. (pp. 17-47). Edición, introducción y notas de ÁLVAREZ BARRIENTOS, J.; IMÍZCOZ, J. M. y ARANBURUZABALA, Y. Trea, Gijón.
- IMÍZCOZ, J. M. (2010). “El capital relacional. Relaciones privilegiadas y redes de influencia en el Estado español del siglo XVIII”. En: IMÍZCOZ, J. M. y OLIVERI, O. (eds.), *Economía doméstica y redes sociales en el Antiguo Régimen*. (pp. 227-281). Madrid. Sílex.
- IMÍZCOZ, J. M. (2005). “La hora navarra del XVIII: relaciones familiares entre la monarquía y la aldea”. En: VV.AA., *Juan de Goyeneche y el triunfo de los navarros en la Monarquía hispánica del siglo XVIII*. (pp. 45-77). Pamplona. Fundación Caja Navarra.
- IMÍZCOZ, J.M. (2001a). “Patronos y mediadores. Redes familiares en la Monarquía y patronazgo en la aldea: la hegemonía de las elites baztanesas en el siglo XVIII”. En: IMÍZCOZ, J.M. (dir.). *Redes familiares y patronazgo. Aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)*. (pp. 225-261). Bilbao. Universidad del País Vasco.
- IMÍZCOZ, J.M. (2001b). “El patrocinio familiar. Parentela, educación y promoción de las élites vasco-navarras en la Monarquía Borbónica”. En: CHACÓN JIMÉNEZ, F. y HERNÁNDEZ FRANCO, J. (eds.). *Familias, poderosos y oligarquías*. (pp. 117-123). Murcia. Universidad de Murcia.
- IMÍZCOZ, J.M. y BERMEJO, D. (2017). “Los ilustrados vascos, de los tiempos de bonanza a la tormenta (1700-1833)”. En: NAVA, T. (ed.). *De ilustrados a patriotas. Individuo y cambio histórico en la monarquía española*. (pp. 297-350). Madrid. Sílex.

- IMÍZCOZ, J. M. y BERMEJO, D. (2016). “Grupos familiares y redes sociales en la carrera militar. Los oficiales de origen vasco y navarro en el ejército y la marina, 1700-1808”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 41, 2, pp. 497-538.
- IMÍZCOZ, J.M. y BERMEJO, D. (2018). “La generación perdida. Crisis de la monarquía y desclasamiento social de una clase política, España, 1780-1840”. En: GARCÍA, F. (dir.). *Familias, trayectorias, desigualdades. Estudios de Historia social en España y en Europa, ss. XVI-XIX*. Sílex. [en prensa, aceptado].
- IMÍZCOZ, J.M. y GUERRERO, R. (2012). “Negocios y clientelismo político. Los empresarios norteños en la economía de la monarquía borbónica”. En: OCAMPO, J. (ed.), *Empresas y empresarios en el norte de España (siglo XVIII)*. (pp. 331-362). Gijón. Ediciones Trea.
- IMÍZCOZ, J.M. y GUERRERO, R. (2004). “Familias en la Monarquía. La política familiar de las elites vascas y navarras en el Imperio de los Borbones”. En: IMÍZCOZ, J. M. (ed.), *Casa, familia y sociedad (País Vasco, España y América, siglos XV-XIX)*. (pp. 177-238). Bilbao. Universidad del País Vasco.
- IMÍZCOZ, J.M. y GARCÍA DEL SER, M^a. V. (2008). “El alto clero vasco y navarro en la monarquía hispánica del siglo XVIII: Bases familiares, economía del parentesco y patronazgo”. En: AGUIRRE, R. y ENRÍQUEZ, L. (Coords.). *La Iglesia hispanoamericana, de la colonia a la república*. (pp.125-187). México. Plaza y Valdés.
- KAMEN, H. (1974). *La Guerra de Sucesión*. Barcelona. Grijalbo.
- LA PARRA, E. (2005). *Manuel Godoy. La aventura del poder*. Barcelona. Tusquets.
- LA PARRA, E. (1994). “La inestabilidad de la monarquía de Carlos IV”, *Studia Historica. Historia Moderna*, XII, pp. 23-34.
- LASALA, F. (1987). *La Separación de Guipúzcoa y la Paz de Basilea*. San Sebastián. Txertoa.
- LÓPEZ-CORDÓN, M^a V. (2007). “Introducción”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, VII, pp. 11-28.
- LÓPEZ TABAR, J. (2001). *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*. Madrid. Biblioteca Nueva.
- LUIS, J. P. (2011a). “La familia: una vía para analizar el trauma de la Guerra de la Independencia”. En: DURÁN, F. y CANCELADA, D. (eds.). *Experiencia y memoria de la revolución española (1808 - 1814)*. (pp. 71-98). Cádiz. Universidad de Cádiz.
- LUIS, J. P. (2011b). “Rey, familia y autoridad: otra faceta del papel de la Guerra de la Independencia en el hundimiento del Antiguo Régimen”. En: RÚJULA, P. y CANAL, J (eds.). *Guerra de ideas. Política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*. (pp. 191-210). Institución Fernando el Católico-Marcial Pons. 2011.
- MARTÍNEZ RUEDA, F. (1994). *Los poderes locales en Vizcaya. Del Antiguo Régimen a la Revolución Liberal (1700-1853)*. Bilbao. Universidad del País Vasco.
- MILLÁN, J. (2010). “Colapso del Antiguo Régimen, revolución y movilidad social: 1808 como inicio de la España contemporánea”. En: LA PARRA, E. (coord.). *La guerra de Napoleón en España: reacciones, imágenes, consecuencias*. (pp. 105-131). San Vicente de Raspeig, Universidad de Alicante-Casa Velázquez.
- MOLAS, P. (2008). *Los gobernantes de la España moderna*. Madrid. Actas.
- MOLAS, P. (2003). “La red Godoy”. En: VV.AA. *Manuel Godoy y su tiempo. Congreso internacional Manuel Godoy (1767-1851)*. (pp. 361-379). Mérida. Editora Regional de Extremadura.
- MORALES MOYA, A. (1998). “El Estado de la Ilustración y su crisis: una síntesis”, *Historia contemporánea*, 17, pp. 59-80.

- MUTILOA, J. M. (1978). *La crisis de Guipúzcoa*. San Sebastián. Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa.
- ORTIZ DE ORRUÑO, J. M. (2010). “Entre la colaboración y la resistencia. El país Vasco durante la ocupación napoleónica”. En: VV.AA. *Vascos en 1808-1813. Años de guerra y Constitución*. (pp. 71-129). Madrid. Biblioteca Nueva.
- OTAZU. (1970). *Hacendistas navarros en Indias*. Bilbao. Gráficas Ellacuría.
- PORTILLO, J. M. (2012). “La crisis imperial de la monarquía española”, *Historia y Espacio*, 39, pp. 160-177.
- RIBECHINI, C. (1996). *De la Guerra de la Convención a la Zamacolada: Insumisión, matxinada, dispersión*. San Sebastián. Txertoa.
- ROMERO, A. (2009). “Mariano Luis de Urquijo, testigo y protagonista involuntario del motín de la “Zamacolada””, *Brocar. Cuadernos de investigación histórica*, 33, pp. 115-147.
- TORRES, R. (ed.). (2000). *Capitalismo mercantil en la España del siglo XVIII*. Pamplona. Eunsa.
- URQUIJO, M. (dir.). (2004). *Diccionario biográfico de los Diputados Generales, consultores y secretarios de gobierno de Álava (1800-1876)*. Vitoria. Diputación Foral de Álava.
- YBARRA, J. (1941). *Datos relativos a Simón Bernardo de Zamácola y la Zamacolada*. Bilbao. Junta de Cultura de la Excelentísima Diputación Provincial de Vizcaya.
- ZUAZNÁVAR, J. M. (1834). *Memorias para la vida de don José María de Zuaznavar y Francia, individuo de las Reales Academias Española, de la de la Historia, y de la Grecolatina, por el mismo Zuaznavar*. San Sebastián. Imprenta de Ignacio Ramón Baroja.
- ZULUAGA CITORES, Á. (1999). *Sebastián de la Quadra. Secretario de Estado en el reinado de Felipe V (1687 - 1766)*. Santander. Petronor-Ayuntamiento de Muzkiz.